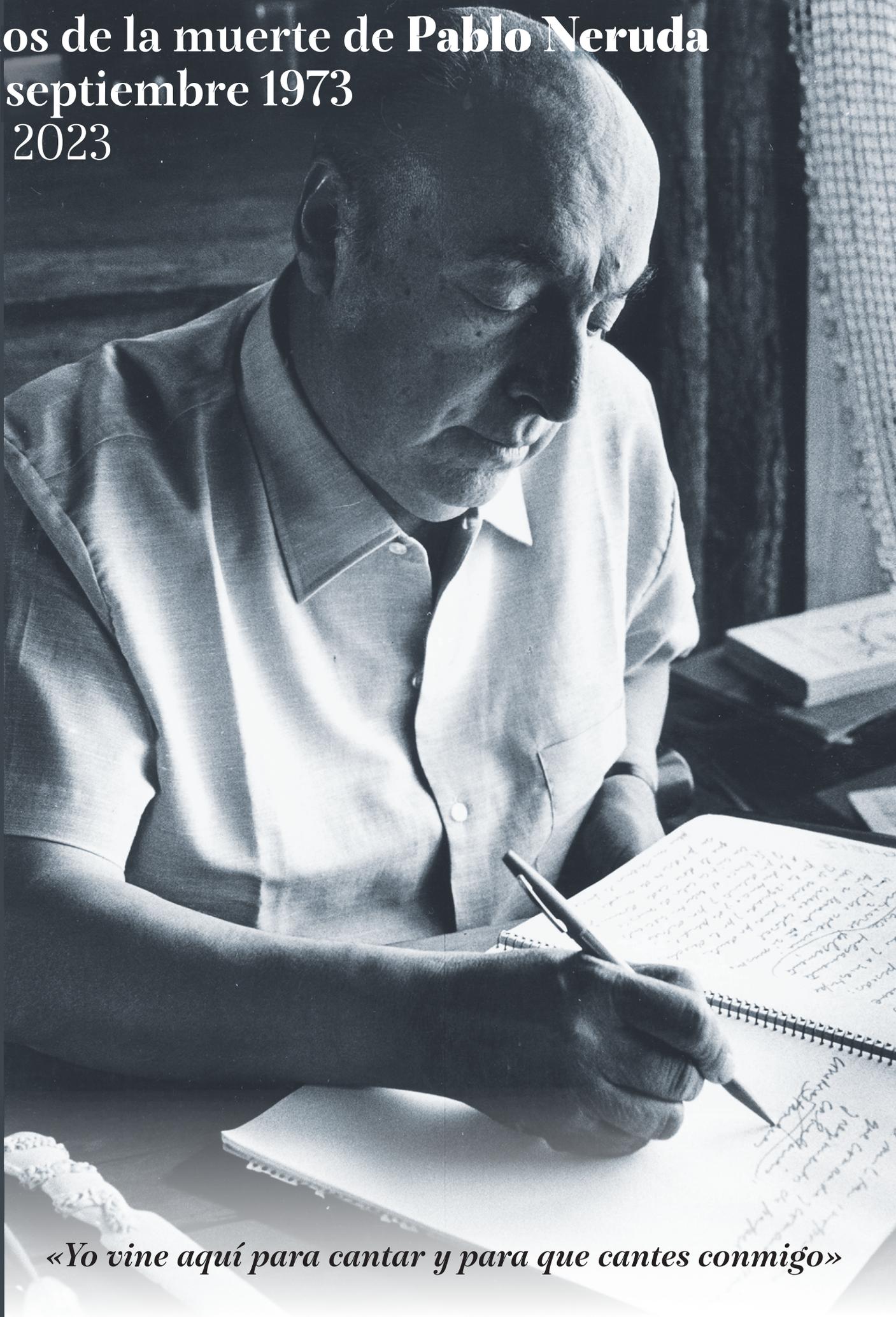


50 años de la muerte de **Pablo Neruda**
23 de septiembre 1973
1973 - 2023



«Yo vine aquí para cantar y para que cantes conmigo»



50 años de la muerte de **Pablo Neruda**



1973-2023



Pablo Neruda, a 50 años de su muerte

Al cumplirse 50 años de la muerte de Pablo Neruda, la Fundación quiere reiterar su profundo compromiso con la verdad y el respeto a los derechos humanos, así como su repudio a los asesinatos y torturas ocurridas a partir del Golpe de Estado de 1973.

Neruda, muere el 23 de septiembre en la clínica Santa María donde fue trasladado desde Isla Negra el 19 de septiembre de 1973. Esta Fundación — que lleva su nombre y resguarda el valioso y enorme legado del poeta— aboga por un pronto pronunciamiento de la justicia respecto de las causas de su muerte.

La brutalidad del Golpe de Estado, que destruyó las bases de la convivencia humana en Chile, afectó profundamente al poeta que, en pocos días, vio arrasados sus ideales y a sus amigos asesinados. Cuando los valores democráticos y la defensa de los derechos humanos —del país y del mundo— sufren los embates de nuevos populismos, nuevos fascismos y negacionismos crueles, la figura de Pablo Neruda es ejemplo de lecciones para el hoy. El poeta, fue objeto de violencia política en vida y post mortem, pues sus libros fueron censurados, prohibida su circulación, las bibliotecas públicas y privadas objeto de expurgos, quema y silenciamiento. La finalidad de tales acciones fue provocar la muerte social de Neruda borrándolo de este modo de la historia del país como figura política y cultural por el hecho de ser comunista y referente ineludible de la lucha por la justicia social. Sin embargo, la grandeza de sus obras y sus discursos políticos, son la llama viva de su memoria en todo el mundo como lo demuestran los 100 años de la creación y publicación del libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* traducido a más de 40 idiomas y cuyo centenario está pronto a celebrarse durante 2024.

La Fundación Pablo Neruda subraya en este día su voluntad de intensificar el cuidado y la divulgación del patrimonio, vida y obra de un poeta comprometido con los más altos valores sociales y culturales.

Directorio Fundación Pablo Neruda
Septiembre 23 de 2023



Neruda 50 años, por Miguel Lawner



Querido Pablo:

Nos dejaste hace ya cincuenta años, en horas turbulentas, cuando se puso fin por la fuerza de las armas, al digno proceso social encabezado por Salvador Allende, quién busco repartir la miel y el pan para todos. Tú yacías enfermo, pero hasta el último suspiro, pusiste en su lugar a quienes aplastaron la noble y justa causa encabezada por el presidente mártir.

Tu casa en Santiago, la Chascona, fue anegada y devastada, por quienes temen a la cultura como a su peor enemigo. Allí fuiste velado entre escombros y cristales rotos que Matilde no removió, para que todo el mundo se enterara de la pesadilla descargada desde entonces, sobre nuestro pueblo y nuestra cultura.

Tu funeral fue la primera manifestación de resistencia ante la maldad desatada en Chile tras el golpe militar. Miles de voces cantaron tu nombre y también el de Allende, desafiando a los militares asesinos.

No olvidaremos jamás a quien empleó su pluma para acompañar las más nobles causas que animan a nuestro pueblo y a los pueblos del mundo entero. Nos enseñaste a querer al hombre sencillo. A descubrir y amar a los pueblos americanos, aprender

de sus luchas por la independencia de nuestras tierras. Nos llevaste hasta las Alturas de Machu Picchu, para desentrañar la solidez de nuestras raíces, la fuerza de nuestros ríos y volcanes, los valores ocultos de nuestras culturas originarias.

Amaste y cantaste las cosas más elementales: los pájaros y las piedras, Honraste a la alcachofa y al caldillo de congrio. A la cebolla y la fertilidad de la tierra. La esperanza y a los números. La lluvia y la soledad.

Nada te fue ajeno. Tu poesía no dejó afuera a nada y a nadie. Tu pluma combatió la codicia y las injusticias. Fuiste un enemigo implacable de la deshonestidad, tanto como amaste la consecuencia y la rectitud.

Te echamos de menos. Hoy nos toca vivir nuevamente horas difíciles y nos falta la certeza de tu pluma para juzgarlas y señalar los caminos que nos permitan convivir con nuestras diferencias.

La cultura vuelve a ser desairada. Muchas conquistas, valores sociales, culturales y de género, que creíamos consolidados, son ahora cuestionados. Corremos el riesgo de retrotraer la historia a los años donde reinaban en Chile la intolerancia y la injusticia.

Habrà que enfrentar estas horas análogas a la restauración que vivió la humanidad tras la histórica Revolución francesa, con la misma fuerza, unidad y voluntad que animó a los comuneros de París, hasta restablecer el imperio de la justicia social.

También la Fundación que lleva tu nombre ha pasado hora difíciles desde los días de la pandemia, que obligó a cerrar el acceso a las casas que tu construiste con tu infinito ingenio. Sin embargo, todo el personal supo solidarizar con horas tan difíciles, lo cual permitió amortiguar el daño financiero. Está claro que tu ejemplo iluminó a nuestros funcionarios y acá junto a tus restos, les hacemos público nuestro agradecimiento.

En fin, querido Pablo. Hemos venido hasta acá para agradecerte todo el amor la belleza y la voluntad de lucha, que nos entregaste a nosotros los chilenos y a toda la humanidad. Tu obra sigue vigente y cada vez que erramos los caminos, recurrimos a tu legado para recuperar la senda correcta.

Aquí, frente al mar que amaste como nadie, junto a tu indomable Matilde, reiteramos nuestra voluntad de cautelar tu legado y tu consecuencia, en la seguridad que volverán a imperar en nuestro país, los valores de fraternidad y solidaridad, que tu como nadie supo enarbolar a lo largo de toda su vida.

Descansa en paz, querido camarada.

Miguel Lawner

23.09.2023



El Cortejo, por Hernán Loyola

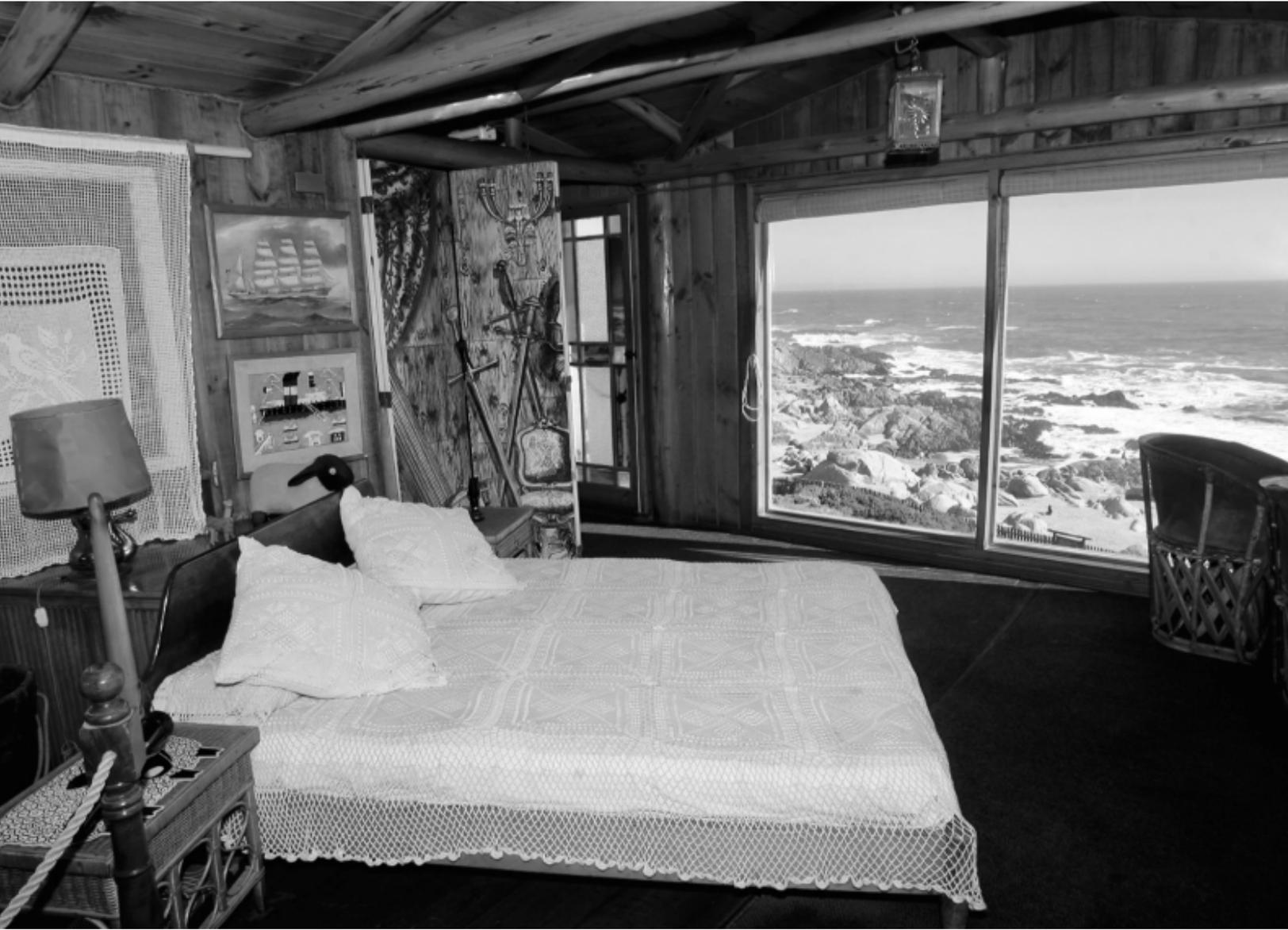
Fui una de las ocho personas que con Matilde velamos a Neruda en el salón de La Chascona la noche del 24 al 25 de septiembre de 1973.

La casa había sido vandálicamente ultrajada. No habían robado nada. Hubo solo la voluntad de destruir. Odio. Ventanas rotas, un gran reloj de pie destripado, cuadros pasados a cuchillo, tantos objetos y curiosidades por el suelo o botados al canal, no había una taza, un vaso para tomar agua, ni camas, los colchones habían sido vaciados.

Tampoco había luz, por eso fue un velorio con velas, como un auténtico y pobre velorio del sur. Envueltos en frazadas pasamos aquella fría noche en torno al cadáver de Pablo.

Aparte Matilde, en aquel velorio estuvimos Laurita Reyes, Elena Nascimento, Aída Figueroa, Enriqueta de Quintana, Juanita Flores, una pareja de parientes de Matilde cuyos nombres no recuerdo, y yo. Nadie más.

A las nueve de la mañana, la tristeza de sacar el cadáver del poeta atravesando el agua que inundaba la entrada y la planta baja. Cuando logramos sacar el ataúd, afuera, en la calle Chucre Manzur, se había reunido un grupo de personas con las que partió el cortejo hacia el cementerio.



Capítulo 1: El 11 de septiembre de Pablo Neruda

Por Darío Oses

En septiembre de 1973, Pablo Neruda había invitado a Isla Negra al escritor y periodista José Miguel Varas, entonces jefe de prensa del canal nacional de TV. El poeta se había recluso desde fines de 1972 en su casa frente al mar. Padeecía de un cáncer prostático con metástasis en los huesos. Las operaciones a que se sometió en París y en la URSS, no detuvieron el progreso de la enfermedad.

La visita quedó agendada para el martes 11 de septiembre. Varas iría con el escritor Fernando Alegría. Le llevaría una carpeta con información y documentos sobre las acciones de la International Telephon and Telegraph Company, ITT contra el gobierno del Presidente Allende. Neruda la necesitaba para escribir un artículo que iba a publicar el New York Times.

Alrededor de las 7 de la mañana el poeta recibió una llamada de José Miguel Varas, quien le comunicó que la marina se había sublevado contra el gobierno. Era lo que hasta esa hora se sabía. El golpe había comenzado. Varas no podría visitarlo ese día. —Tal vez más tarde— sugirió.

—Tal vez nunca— contestó el poeta. Fue la última vez que Varas escuchó su voz.

Matilde Urrutia, esposa del poeta, anotó en sus memorias que el 11 de septiembre de 1973 era el día «señalado para darle fin a varios proyectos que se trabajaban hacía bastante tiempo».

Neruda esperaba también la visita de su amigo, el abogado Sergio Insunza, Ministro de Justicia del Presidente Allende. Insunza le llevaría los borradores de los estatutos de la Fundación

Cantalao, así como los planos y la maqueta de la construcción principal del proyecto.

Cantalao fue el último sueño de Neruda. Para concretarlo había comprado un predio litoral en Punta de Tralca, cerca de Isla Negra. Allí se edificaría un lugar junto al océano, para que poetas, escritores y artistas pudieran dedicarse a sus proyectos de creación. La obra estaba a cargo de la Corporación de Mejoramiento Urbano, CORMU. Se había entregado ya el financiamiento y hecho la instalación de faenas.

Pero el ministro Insunza tampoco pudo llegar a Isla Negra. Estaba oculto, mientras se sucedían los bandos que ordenaban entregarse a todos los altos funcionarios del régimen derrocado.



50 años | 1973 - 2023 | Pablo Neruda

Fue así como aquel 11 de septiembre de 1973 comenzó el tiempo extraño de la primera muerte del poeta: el asesinato de su mundo.

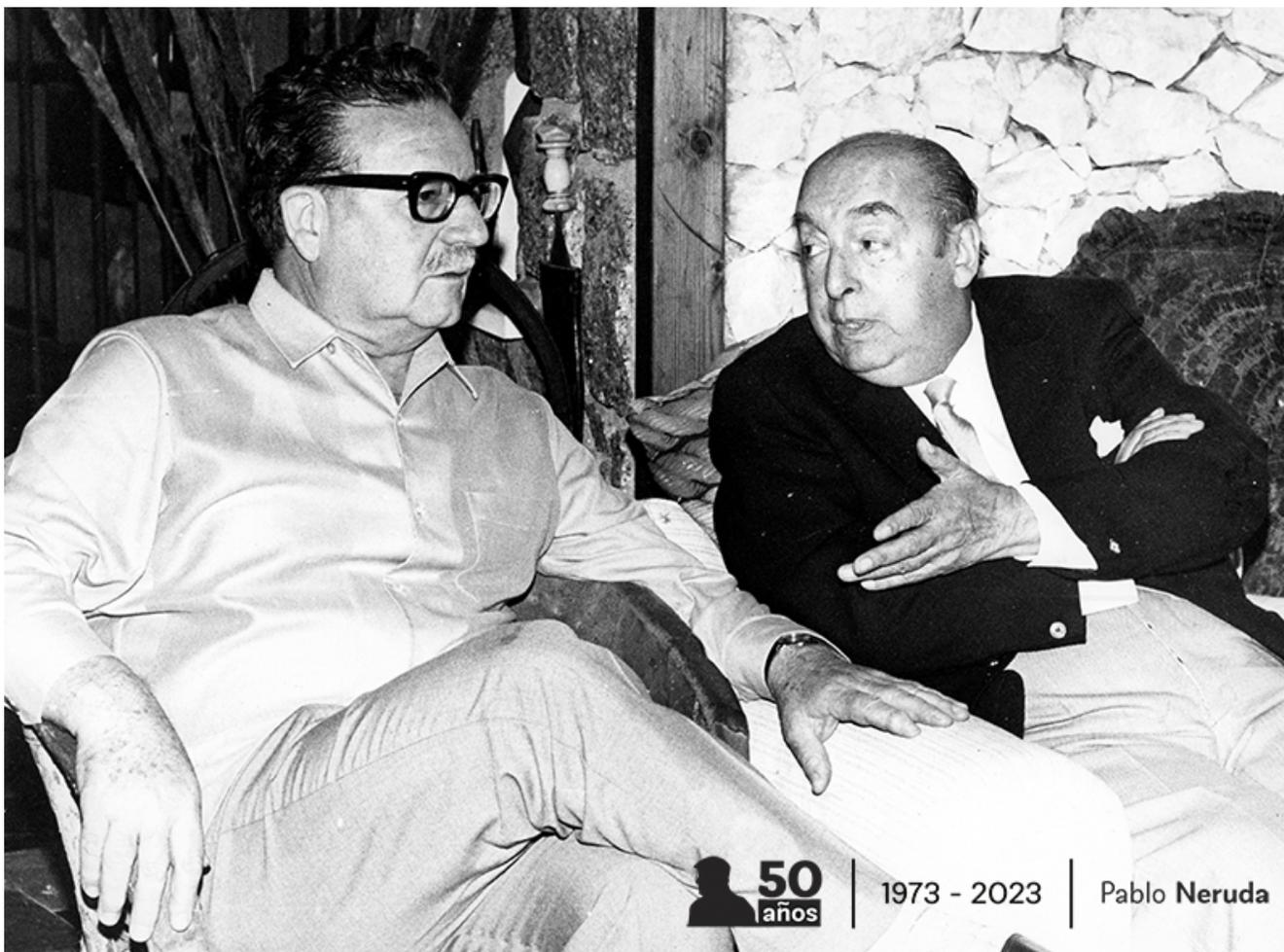
Matilde recuerda: «...ese día marcaría para nosotros el fin y la muerte de un modo de vida». Luego insiste: «Esto era el fin. Todo este júbilo del pueblo, esta esperanza de una vida con igualdad, con justicia, se va desvaneciendo; esta gran esperanza de Pablo, por la que trabajó toda su vida, se ha venido abajo bruscamente, como si fuera el castillo de fósforos quemados que solía armar en sus ratos de ocio».

Matilde registró también los estados de ánimo del poeta: «Pablo reacciona en forma extraña para mí, distinta del hombre batallador y fuerte que yo conozco. En su actitud, en sus ojos, hay un brillo vacío, inconscientemente desesperado (...) Pablo en ese momento estaba muerto, quebrado por dentro; esa fuerza inmensa de lucha que lo sostuvo siempre, ya no la tenía (...) Siento que una desilusión muy grande se ha

apoderado de Pablo. Es como si de repente se diera cuenta de que todo ha sido inútil, que había fuerzas tan poderosas defendiendo sus privilegios que, al lado de ellas, nos sentíamos pequeños e indefensos».

Años más tarde, en una entrevista a Inés María Cardone del diario La Tercera, Matilde declaraba: «...en otras circunstancias, si él hubiera estado completamente sano, esto lo habría hecho saltar como un león, como saltó en el tiempo terrible de la otra dictadura, la de González Videla. Pero ahora sentí algo en sus ojos, una cosa desesperada, y yo para distraerlo un poco, pedí desayuno, le hablaba pero no quiso tomar nada (...) en ese momento Pablo ya estaba quebrado».

«Estamos aquí, solos, sintiendo toda la amargura del mundo —concluye Matilde—. Salvador Allende asesinado. La Moneda incendiada...».



Capítulo 2: Últimos días del poeta

Por Darío Oses

La muerte, que con el golpe militar se extendía por todo el país, también se paseaba por la casa de Neruda en Isla Negra. Matilde recibía llamados del extranjero donde circulaba la noticia de que Pablo Neruda había muerto.

Circulaba también una hipócrita declaración de Pinochet a Radio Franco Luxemburguesa RT: «Pablo Neruda no está muerto y es libre —decía el general, y luego aseguraba su respeto por el “anciano poeta, premio Nobel de literatura, a quien todos amamos, pues es un valor nacional».

Mientras tanto, para el poeta aislado y enfermo, el mundo iba convirtiéndose en una pesadilla. Matilde tenía problemas hasta para conseguir a alguien que fuera a ponerle una inyección. La casa de Isla Negra fue allanada por una patrulla militar. El oficial a cargo entró intempestivamente al dormitorio del poeta y como no encontró qué decirle, le preguntó si tenía armas: «Muchas —contestó Neruda desde su cama—. Esta casa está llena de libros».

Esa casa había sido escenario de grandes celebraciones, entre ellas las de fiestas patrias. Pero ese 18 de septiembre de 1973 fue triste: «Llegaron algunos amigos —escribe Matilde— (...) Las noticias que traían de Santiago eran alarmantes; nuestros amigos estaban escondidos o presos y muchos muertos. Yo me daba cuenta de que Pablo recibía todas esas noticias como si fueran puñales que se adentraban en su carne».

En la tarde el poeta entró en un estado febril. Se hizo necesario trasladarlo a Santiago. El 19 por la mañana se despidió para siempre de su casa



de Isla Negra y partió con Matilde en ambulancia. Lo internaron en la Clínica Santa María, donde pudo recibir algunas visitas.

En la Clínica el poeta siguió trabajando en sus memorias. Desde su cama dictaba párrafos que mecanografiaba su secretario, el poeta Homero Arce.

Las casas de Santiago y Valparaíso fueron vandalizadas. No se trataba propiamente de saqueos. El afán principal fue el de la destrucción de libros, de obras de arte y objetos valiosos como un inmenso reloj situado en el salón de La Chascona, al que desatornillaron cada una de sus ruedecillas y desmontaron piezas que esparcieron sobre los pisos y el patio. Era la fobia fascista a la cultura, expresada por

Goering en su famosa declaración: «Cuando me hablan de cultura saco mi pistola».

La Chascona quedó sin un vidrio sano. Hubo un intento de incendiarla. Ardieron los árboles menores del jardín, lo que alertó a los vecinos que llamaron a los bomberos. Una de las cosas que hizo más daño fue la obstrucción de la acequia que corría por el jardín. Ese curso de agua había maravillado a Neruda cuando junto a Matilde compró el terreno donde construirían la casa. Ahora agua y barro lo inundaba todo. Más tarde Matilde fue reconstruyendo poco a poco la casa, hasta dejarla habitable para ella. La Sebastiana, en cambio, quedó clausurada.

El profesor Hernán Loyola indica que «en vista de las dificultades para la atención médica y de la destrucción de su casa en Santiago, Neruda aceptó una invitación del gobierno de México para trasladarse a ese país». El día 20, el embajador Gonzalo Martínez Corbalá, transmitió esta invitación, que incluía a Matilde.

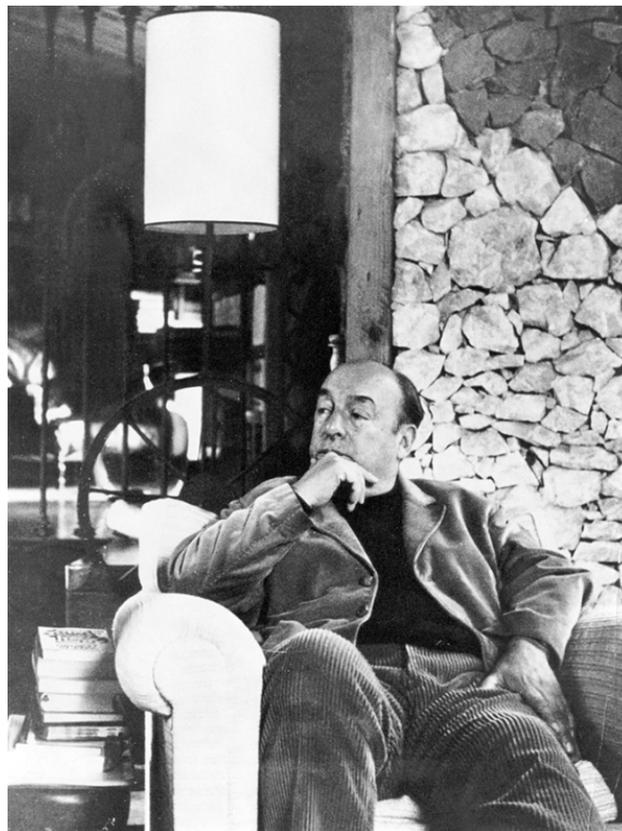
Según relata en sus memorias, Matilde partió a Isla Negra a buscar algunos libros y otros

objetos que el poeta quería llevar. Cuando estaba allá recibió una llamada de Neruda pidiéndole que regresara inmediatamente. Ella siempre había tratado de ocultarle la verdadera gravedad de la situación, pero al regresar, comprobó que él se había enterado de todo, y su alteración podía tener resultados fatales.

El avión en que debían viajar llegó al aeropuerto de Santiago el sábado 22, fecha acordada para el viaje. Pero cuando el embajador llegó a la Clínica, para irse con a embarcar junto con sus invitados, Neruda le comunicó un intempestivo cambio de planes: quería viajar el lunes 24.

—Comprendí que aquí estaba todo lo que él amaba—escribe Matilde agregando que celebraba la decisión del poeta de quedarse en Chile. Estaba claro el verdadero sentido de su postergación del viaje.

En alguna ocasión Neruda dijo que el poeta tiene dos obligaciones sagradas, que son las de partir y regresar, y le daba un valor especial al regreso. Podía adivinar que ese viaje a México sería sin regreso, y prefirió quedarse para siempre en su país.





Capítulo 3:

El día de su muerte

Por Darío Oses

23 de septiembre de 1973

Los testimonios más cercanos sobre la agonía y muerte de Neruda son los que su esposa, Matilde Urrutia dejó en sus memorias y en diversas entrevistas. Uno de los momentos más inquietantes de estos relatos, es aquel en que ella regresa precipitadamente desde Isla Negra a donde había ido en busca de libros y otras cosas que el poeta quería llevarse a México, viaje al que después renunciaría.

Matilde volvió a Santiago con la urgencia que le encareció el mismo Neruda, internado en la Clínica Santa María. Lo encontró en un estado de grave alteración. Era porque durante la ausencia de ella, el poeta había recibido la visita de amigos por los que se enteró de la verdadera dimensión de la tragedia que vivía el país.

Matilde lo tranquilizó haciendo recuerdos de los mejores momentos de su vida en común. Pero de pronto el poeta recayó en su agitación febril, se tomó el pijama con ambas manos y se lo desgarró al tiempo que gritaba: «¡Los están fusilando! ¡Los están fusilando!» Es difícil no advertir en esos gritos un eco lejano del verso «¡Venid a ver la sangre por las calles!» que cierra el poema «Explico algunas cosas», en el que Neruda describe los bombardeos sobre Madrid en el inicio de la guerra civil española. Así, poco antes de morir, el poeta en su delirio vivió la reiteración de una misma atrocidad, presencié el eterno e implacable retorno de una vieja historia de sangre y muerte.

Matilde recuerda: «Poco a poco se fue calmando, yo sentada a su lado, con mi cabeza pegada a la suya, sentía su calor. Estábamos

juntos, estábamos protegidos, éramos un solo cuerpo...» Lo tranquilizó también la decisión de no viajar a México y quedarse en Chile. Finalmente Neruda pudo conciliar el sueño.

Se acercaba la tarde del 23 y el poeta no despertaba. Matilde, inquieta, le pidió a Laurita Reyes, hermana de Neruda, y a su amiga, la escritora Teresa Hammel, que la acompañaran esa noche.

«Era el día 23 de septiembre. Allí, en la pieza de la clínica, estábamos silenciosas y tristes tres mujeres» —escribió Matilde en sus memorias. Así, la vida del poeta se cerraba con una curiosa simetría. Hay que recordar que este había quedado huérfano de madre muy tempranamente. Entonces tres mujeres se repartieron las funciones de madres. Primero lo cuidó su abuelastra, Encarnación Parada, quien a su vez le encargó la tarea de amamantarlo a una campesina, María Luisa Leiva, que lo hacía con su propio hijo, pero tenía leche para un niño más. Finalmente lo recibió la madre, Trinidad Candia, que le prodigó los cuidados que requería en su infancia.

Este trío de mujeres fueron parte de la invisible guerra de amor que sostuvieron las mujeres, que se turnaban en los cuidados y redistribuían leche materna, para mantener con vida a los niños del Chile de esos años, en el que la mortandad infantil era pavorosa. De esa forma se abrió la vida del poeta, que ahora se cerraba con ese otro trío de mujeres, «silenciosas y tristes» que le prodigaban los últimos cuidados, en medio de otra situación pavorosa.

En sus memorias Matilde anota: «Mis ojos estaban pendientes de Pablo. De repente, lo veo que se agita. Qué bueno, va a despertar. Me levanto. Un temblor recorre su cuerpo, agitando su cara y su cabeza. Me acerco. Había muerto. No recobró el conocimiento. Pasó del sueño del día anterior a la muerte». Eran las 22:30 del domingo 23 de septiembre de 1973.

El lunes 23, en cuanto se levantó el toque de queda, empezó a llegar gente. La abogada Graciela Álvarez se detuvo en la entrada de la Clínica para comprarle un ramo de claveles rojos a una humilde vendedora que se negó a cobrarle cuando supo que eran para Neruda. Después Matilde puso esos claveles en el pecho del poeta. Se inauguró entonces la práctica de ofrendarle claveles rojos, en el cementerio y en cada aniversario de su natalicio y de su muerte.

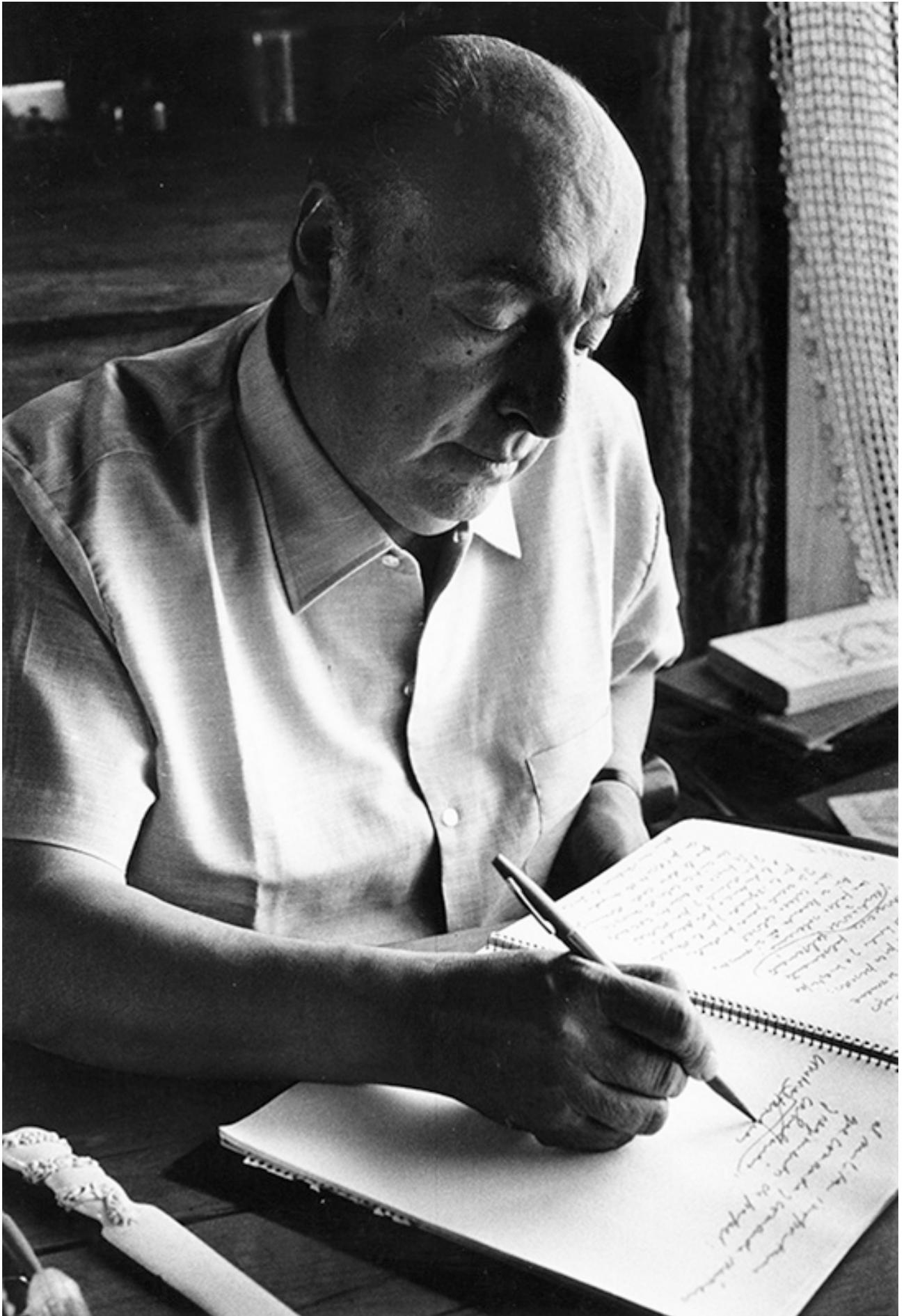
La Sociedad de Escritores y otras instituciones y personas habían ofrecido sus locales o sus casas para velar al poeta, pero Matilde insistió en hacerlo en La Chascona que luego de los actos vandálicos de que fue objeto, estaba en ruinas. Como muchos corresponsales de medios de comunicación extranjeros irían al velorio, el mundo entero iba a enterarse de lo que estaba pasando en Chile. —Mientras peor esté la casa, mejor va a estar Pablo— comentó ella con valentía.

Los restos del poeta se velaron todo el día y también la noche. Esta fue especialmente difícil. El frío entraba por los ventanales rotos. Aída Figueroa recuerda que Matilde llevó los colchones de la cama matrimonial. Estaban empapados, pero los cubrieron con frazadas y ahí se acomodaron.

El martes 25 debía llevarse el féretro al Cementerio general. Aída, que decidió irse a pie, siguiendo muy de cerca al ataúd junto con un de sus hijos, recuerda: «Cuando llegamos a la avenida La Paz, ya formábamos un gran cortejo. La gente repetía los versos de Pablo que iba diciendo un recitador...».

Ya en la plaza exterior del Cementerio, llena de gente y rodeada de militares, a los gritos de ¡Compañero Pablo Neruda, Presente! y «¡Compañero Víctor Jara, Presente!» se sumaron los de ¡Compañero Salvador Allende, Presente! Así, en forma espontánea se estaba realizando la primera manifestación de repudio a la dictadura militar en Chile. Asimismo, a partir de ese momento la figura del poeta Pablo Neruda se fue transfigurando en uno de los más poderosos emblemas de la resistencia contra el gobierno militar.





Capítulo 4:

Legado y vigencia de Pablo Neruda

Por Darío Oses

La muerte de Neruda comenzó a mediados de 1969, cuando sintió las primeras molestias de la enfermedad que se agravó hasta hacerse crítica en 1971. Desde entonces el cáncer fue parte de su existencia. Con esta carga escribió los tres últimos libros que publicó en vida, concluyó otros siete poemarios que se publicaron póstumamente, y avanzó considerablemente en sus memorias, aun cuando no alcanzó a darles su forma final. También realizó todo el trabajo que le demandaba su cargo de embajador en Francia. Entre otras cosas, fue parte de la delegación chilena en la renegociación de la deuda externa de su país, y usó su prestigio para ayudar a la solución de este problema.

El escritor Jorge Edwards comenta que “con su enfermedad a cuestas y con su escasa afición a muchos aspectos de su trabajo, Neruda era un embajador más preocupado y más competente en las cosas esenciales de lo que podría pensarse.”

1971 fue un año agitado: visitó Isla de Pascua para grabar parte de una serie documental sobre su vida y obra. Luego partió a París, a asumir su cargo de embajador. Después de reponerse de una delicada operación viajó a Estocolmo a recibir el Premio Nobel.

También escribió su poemario *Geografía infructuosa*, que tal vez sea el que mejor revela su mundo interior en la última etapa de su vida. En una nota aclaratoria en el final de este libro, dice que 1971 fue un año “de desplazamientos, enfermedades, alegrías y melancolías, climas y regiones diferentes...” Agrega que escribió gran parte del libro en automóvil, en caminos de Chile y de la Normandía francesa.

Rodar por esos caminos, solo con la compañía del conductor, era como una metáfora del viaje por la vida que se acercaba a su fin. En parte importante de su obra el poeta había descrito su situación en el mundo dentro de la antítesis entre la luz y las tinieblas, situando a su poesía en el terreno de la claridad, la transparencia y la legibilidad. En *Geografía infructuosa*, reafirma su condición de partidario de la luz. Él mismo se define así:

Yo soy un hombre luz, con tanta rosa, / con tanta claridad destinada / que llegaré a morir de fulgor.

Yo no divido el mundo en dos mitades, / en dos esferas negras o amarillas / sino que lo mantengo a plena luz/como una sola uva de topacio.

Luego, alude quizás a su infancia, cuando dice:

Hace tiempo, allá lejos, / puse los pies en un país tan claro / que hasta la noche es fosforescente: / sigo oyendo el rumor de aquella luz, / ámbar redondo es todo el cielo: / el azúcar sube del mar..

La polaridad luz – tinieblas se encuentra en el origen de la poesía que es el mito: en diversas tradiciones arcaicas el mundo es una lucha entre luz y oscuridad, y el triunfo final de la primera tiene un significado redentor.

Con golpe militar del 11 de septiembre de 1973, el gran temor de Neruda se cumplía: se reiteraban el triunfo del fascismo vencedor en la guerra civil española, y también las persecuciones que él mismo poeta había sufrido en su país durante el gobierno de González Videla.

Él mismo había presenciado algunas de las peores calamidades del siglo XX. Este fue el tema de su libro: Fin de mundo. En una extensa entrevista con la periodista Rita Guibert declaraba que a pesar de lo negro con que pintaba el futuro, había un toque de esperanza:

Digo allí que si a través de los vuelos espaciales nos tocara buscar otro planeta, siempre volveríamos a este planeta podrido y magnífico que se llama Tierra, donde seguiremos viviendo, donde seguirán viviendo los seres humanos.

Y más adelante agregaba:

Yo no creo en la salvación del alma y en todas esas cosas místicas que son ajenas a mí, sino en la salvación de la vida, en la preservación de lo más importante que existe que es el ser humano.

Más de una vez Neruda proclamó que no podía ser hombre sin el hombre: él era parte inseparable del colectivo humano. Su vida era la

vida del pueblo y eso le otorgaba algo parecido a la inmortalidad. La vida que continuaría después de su muerte, era también su propia vida. Terminó el discurso que dijo en el acto con que el país lo recibió a su regreso de Europa, a fines de 1972, proclamando que la vida, la lucha y la poesía, iban a continuar viviendo cuando el fuera solo un pequeño recuerdo..”

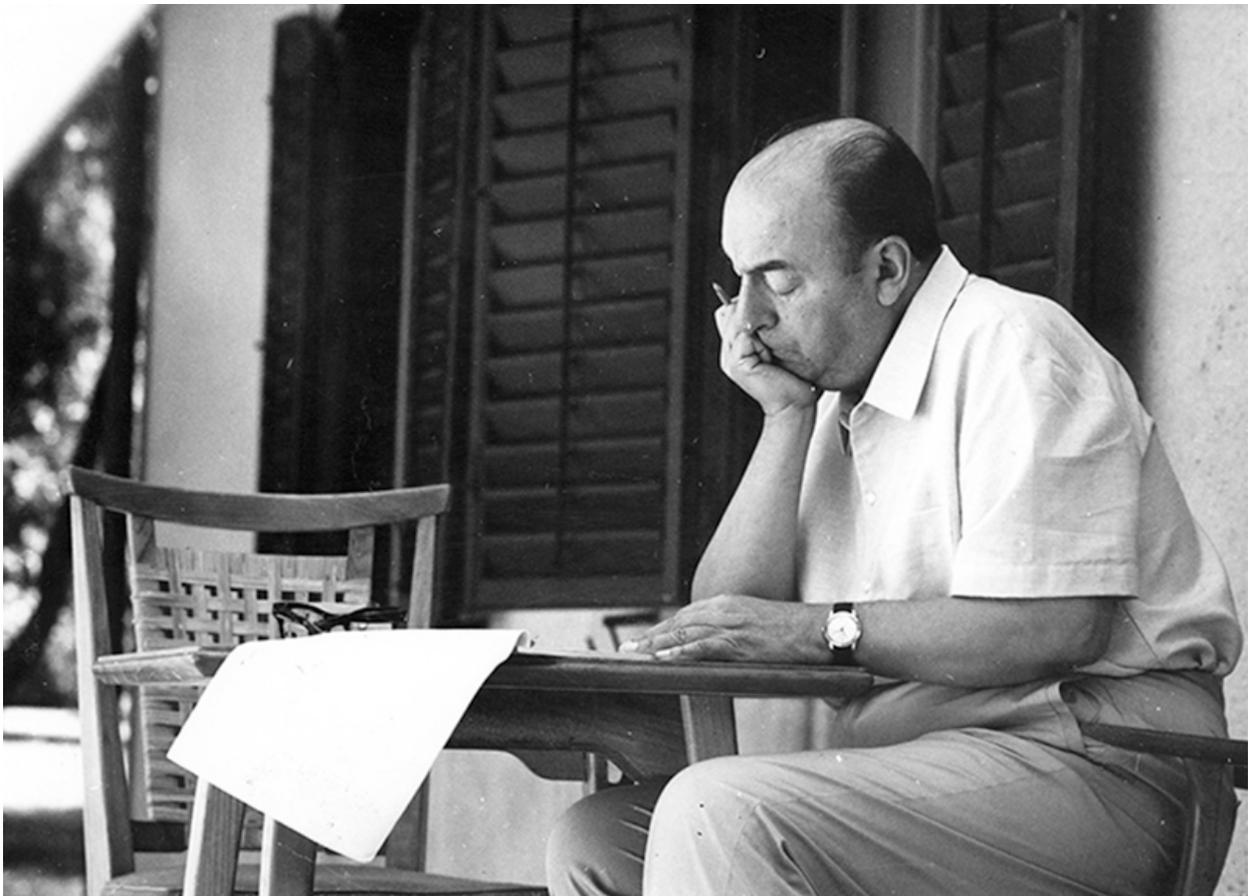
Y concluyó su apocalíptico Fin de mundo, con estos versos:

Me morí con todos los muertos, / por eso
puedo revivir (...)

Uno más entre los mortales, / profetizo sin
vacilar / que a pesar de este fin de mundo /
sobrevive el hombre infinito.

(...) endurecidos de sufrir, / cansados de ir y
de volver / encontraremos la alegría / en el
planeta más amargo.

Tierra, te beso, y me despido.



50 años de la muerte de **Pablo Neruda**
23 de septiembre 1973
1973 - 2023

